EL IDEAL.

Revista literaria y de variedades, dedicada al Bello Sexo y al Pueblo.

Director: ARNULFO SAN-GERMAN.

Redactor responsable: José Castro Iturbide.

Registrado como artículo de 2ª clase el 16 de Febrero de 1904.

COLABORADORES:

LICS. MANUEL BRIOSO Y CANDIANI, PEDRO CAMACHO Y SRES. JOSE JOAQUIN VARELA Y JULIO LIZET.

ADMINISTRADOR: ENRIQUE MUÑUZURI.

Tomo. I—Núm. 30.

Agosto 14 de 1904.

OAXACA.

PRISIONEROS MEXICANOS.

(HISTÓRICO.)

Después de la heróica rendición de Puebla, los invasores enviaron á Francia muchos oficiales mexicanos, en calidad de prisioneros de guerra.

Se les trató duramente al llevarlos á Veracruz, tanto que muchos hicieron el camino á pié, sin alimentos, sin abrigo, sin consideraciones de ningún género.

Los embarcaron en buques de segunda clase y les daban por mejor comida, galletas agusanadas, resto de las que se fabricaron para la guerra de Crimea.

Era preciso remojar aquellos panes que parecían de madera y engullirlos para no morir de hambre.

Llegados á Francia se les repartió en diversas poblaciones y en ellas vivieron llenos de privaciones, con exiguo salario, hasta que un día se les hizo saber que los que reconocieran el Imperio de Maximiliano y juraran no tomar nunca las armas en defensa de la República, serían traídos á su Patria, conservándoles su grado militar, con el sueldo y las consideraciones debidas, y los que no se juramentaran quedarían para siempre en Francia expuestos á los horrores de la miseria.

La indignación de la mayor parte de aquellos oficiales fué inmensa. Algunos, débiles de carácter, prestaron el juramento exigido por Napoleón III y en breve tiempo regresaron al suelo mexicano.

Otros, patriotas de corazón, se negaron á la humillante propuesta y prefirieron soportar la pobreza y la muerte en tierra extraña, antes que ser infieles á su causa.

Para gloria del ejército, hay que confesar que fueron muchos los que así pensaron, y que desde el día en que no les dieron ni un céntimo, se buscaron toda clase de trabajo honrado, yendo algunos como el actual General Manuel F. Loera, á marcar tercios en la Aduana, para comer un poco de pan y esperar mejores tiempos.

Más de cincuenta de estos oficiales heróicos, socorridos noblemente por algunos españoles distinguidos, entre ellos el inolvidable y egregio General Prim, decidieron irse de Francia á España para hablar la lengua de sus padres y estar al amparo de la proverbial y nunca desmentida hospitalidad castellana.

Un gran grupo se resolvió á vivir en San Sebastián de Guipúzcoa, y en ese grupo se contaba el bravo oficial Don José Montesinos.

San Sebastián es uno de los hermosos puertos de la antigua madre patria. Su playa es sin duda de las mejores del mundo para la estación balnearia, y el carácter de sus habitantes es honrado, sincero, franco y discreto.

Alegran la campiña que rodea el puerto, los ecos del tamboril, los melancólicos *zortzicos* y la fresca sombra de los espesos robredales.

La *sidra*, llamada allí saguardúa y que rivaliza con el *champagne*, por su fuerza y sus condiciones, es la bebida favorita de los vascongados y nada hay más pintoresco que las fiestas campestres, los bailes populares, en aquella región pura y privilegiada.

Campos extensos cuyo silencio lo turba el cencerro de las vacas ó el doliente canto de los pastores; montañas cuyos alegres picos se revisten de neblina, forman el camino para llegar á San Se-

bastián, especie de ánade blanco que se baña en las ondas azules de un mar siempre agitado y hermoso.

A tan bello puerto, hoy emporio del progreso y de la alegría en los meses de verano, llegaron los oficiales nuestros y se hospedaron juntos en la casa de una respetable señora.

Confesaron á ésta lo grave de su situación y ella les dijo:

—Nada importa, señoritos; á ustedes se les vé en la cara que son buenos y mientras yo pueda les daré habitación, comida y ropa limpia y ya me pagarán cuando puedan. ¡Pobrecitos de ustedes! yo sé bien que están sufriendo lo que sufrieron aquí nuestros padres el año de ocho. ¡Vaya! pues no faltaba más que hablando la misma lengua y siendo descendientes de españoles, yo les cerrara mi casa. Vivid y tratadme con franqueza. Dios os dará para pagarme y si no..... será lo mismo.

—Señora—le dijo Montesinos—nosotros corresponderemos á la nobleza de usted. Si no nos envían recursos, ya los buscaremos; somos hombres; sabemos trabajar, y lo que anhelamos es encontrar ocasión de volver á la patria para librarla del yugo extranjero ó morir en los campos de batalla.

—¡Claro! hijos de españoles aquí se quedan ustedes y habrá para todos; no mortificarse, ni hablar de nada triste; ¡ea! la sopita de ajo está en la mesa y hay preparado un cocido con cada garbanzo como una manzana y con un tocino que ni en la mesa del rey lo han probado nunca.

Con tan generosa patrona vivieron los oficiales muy contentos, pero un día dijo Montesinos á varios de sus camaradas.

—Es preciso hacer algo para que no se diga en San Sebastián que ha caído sobre el puerto y en esta casa una legión de gaznates aventureros, y se me ocurre una cosa,

—¿Cuál? preguntaron con curiosidad.

—En la vistosa ladera Urgull, está un castillo que se llama *la Mota* y que ayer visitamos algunos amigos. En ese castillo se están llevando á cabo grandes obras de reparación y he pensado que hablemos con el Coronel Esparza para que nos admita de albañiles, así tendremos un jornal seguro y comeremos pan y queso, pero adquirido con honra y con el sudor de nuestras frentes.

¡Bravo! aprobamos la idea y no hay que discutirla. Realicémosla.

Al siguiente día, más de quince oficiales, con el uniforme del Ejército Mexicano, se le presentaron al Coronel Esparza, y Montesinos le dijo en nombre de todos:

—Coronel: somos oficiales.....

—De México; sí; ya conozco bien vuestra historia; prisioneros de guerra abandonados por los franceses.

—Exactamente. Hemos preferido la miseria á la deshonra. No queremos vivir sin trabajar; nos amarga un alimento y un hospedaje que no pagamos y venimos á pedir á usted un favor que no habrá de negarnos.

—¿En qué puedo serviros, compañeros?

—En aceptarnos como albañiles en las obras que tiene usted encomendadas en este castillo.

—¿Como albañiles?

—Sí como peones, respondió Montesinos, tenemos fuerza y voluntad y queremos ganar el pan trabajando.

Conmovido el Coronel Esparza, agregó:

—No puedo hacer por ustedes más de lo que me piden, porque soy un pobre, pero trabajen aquí y desde este momento los considero en la lista y con los mejores salarios de que se puede disponer en estas obras.

Al día siguiente Montesinos y sus compañeros llegaron al castillo al rayar el día, vestidos de uniforme. Despojáronse allí de las ropas exteriores; cogieron las cubetas de mezcla, la cuchara de hierro, treparon á los andamios y se pusieron á fabricar la parte superior de un muro.

La noticia cundió por todo el puerto y cuando en la tarde concluyeron los trabajos y salieron los oficiales mexicanos, se encontraron á la puerta del castillo á las mas guapas mozas del pueblo y de la buena sociedad, llevándoles cestas de comida, de frutas, de dulce, victoreándoles y regándoles flores á su paso.

—Mira, decía un hombre á dos chiquillos, así se honra la Patria en el extranjero; así como esos bravos oficiales.

Era Don Juan Martínez Villergas que estaba á la sazón en el puerto.

Varios meses vivieron en San Sebastián aquellos nobles proscriptos y al separarse de allí no pudieron pagar toda la deuda á la generosa patrona de su hotel, dejando sólo un documento subscripto por el jefe de más alta graduación, en el cual se certificaba el tiempo de permanencia de los oficiales, el número de ellos, la cantidad que debían anotando que sería pagada cuando triunfara la República.

Corrieron los años; la República ondeó victoriosa su bandera en la tierra mexicana y el Gobierno, acaso por altas atenciones, descuidó de pagar aquella deuda sagrada.

Después de nueve años de la caída del Imperio, subió á la Presidencia el General Díaz y conoció de este asunto. Ordenó que se pagara inmediatamente y con creces á la noble protectora de los oficiales mexicanos.

Por cablegrama se ordenó el pago á nuestra Legación en España y un comisionado, en pleno invierno, sobre espesa alfombra de nieve, fué en tren correo á San Sebastián á entregar delante del notario de la ciudad la suma que se adeudaba.

(*Sigue en la 5ª plana.*)

E. F.

I.

Casóse Elena con Don Bruno Andía,
—una boda muy buena,
según en todo el pueblo se decía;—
lo que ignora la gente
es que la pobre Elena,
á su padre obediente,
se casó con Don Bruno por respeto,
amando con delirio á otro sujeto.
El sujeto en cuestión es Federico
primo carnal de Elena, un guapo chico,
alto, moreno y de elegante porte;
un mozo de provecho
que hace cuatro ó seis años que en la corte
estudia el tercer año de derecho.

II.

El pasado verano, Federico
recibió de su amada estos renglones:
"Mi esposo está de caza. Te suplico
"que vengas hoy á verme
"con muchas precauciones.
"No hagas ingrato que mi amor te aguarde.
"Deseo convencerme
"de si me quieres como yo te quiero.
"Hoy, sin falta, á las siete de la tarde
"junto al espeso robledal te espero."

—

El amante orgulloso,
de tanta dicha ansioso,
acudió diligente
á aquella cita á que aspiró su alma.
En el tranquilo robledal frondoso
Elena le aguardaba sonriente,
y allí los dos, en apacible calma,
entablaron el diálogo siguiente:
—¡Elena, amada mía,
mi luz, mi amor, mi encanto, mi alegría!
—¡Federico adorado, mi contento,
mi amor, mi bien, mi dicha, mi tormento!
—¿Tormento, dices?
—¡Sí! La ingrata suerte
me manda aborrecerte,
y, en cambio, el corazón aprisionado
late sólo ¡ay de mí! para quererte
y soy feliz mirándome á tu lado.
—¡Oh, sí! Quiéreme mucho,
que yo también con mi destino lucho.
Tan grande es el amor que por tí siento,
que trato, Elena, de olvidarte en vano....
—¿Me lo juras?
—¡Oh, sí! ¡Yo nunca miento!
[Y con segura mano
en el tronco de un roble corpulento
grabó profundas, aunque mal trazadas,
una E y una F entrelazadas.]
—Como estas iniciales esculpidas,
que han de sufrir del tiempo los rigores,
nuestras dos almas vivirán unidas,
¡eternos han de ser nuestros amores!
—¡Oh, sí! ¡Mi Federico, mi embeleso!
—¡Déjame que en tu frente
un beso selle mi pasión ardiente!
—¡Tengo miedo, ay de mí! ¡Te lo confieso!
—¡Tu amor es mío!
—¡Por favor!.... ¡Detente!...

—

Hubo lucha un momento solamente
y oyóse el restallar de amante beso.
.....
.....
(Los puntos suspensivos,
son en esta ocasión muy expresivos.)

III.

Pasaron dos semanas
y una tarde á su esposa dijo Andía:
—¿Sabes Elena mía,
que tengo muchas ganas
de que demos juntitos un paseo?
Estas hermosas tardes de verano
sólo inspiran amor, paz, alegría....
Hace una temporada que te veo
así, muy triste, y ¡qué demonio! creo
que es falta de ejercicio. ¡Eso es muy sano!
¡Andando, y ya verás como mejoras!

Daremos un paseo de dos horas
por el espeso robledal cercano.—

—

Con marcada impaciencia
y acallando la voz de su conciencia,
Elena, sin hablar, maquinalmente,
apoyóse en el brazo de su esposo,
que estaba más que nunca cariñoso
y como siempre dulce y sonriente.
Dando vueltas y vueltas por el monte,
llegaron fatalmente
al mismo sitio en que semanas antes
tuvieron su entrevista los amantes.

—

En el añoso roble
—de nefanda pasión testigo inmoble—
aun la cifra reciente se ostentaba
que la traición de Elena delataba.

—

—¡Hombre! ¡Dos iniciales! ¡Es curioso!—
dijo el afable esposo,
queriendo distraer de su honda pena
á su querida Elena.—
¡Acércate y verás amada mía!
¿No lo ves? ¡Aquí están! ¡Y bien grabadas!
¿Quién mil diablos haría
esta E y esta F entrelazadas?
¡A ver si tú penetras
lo que quieren decir estas dos letras!
¡Más, nó! ¡Déjame á mí! ¡Ya me lo explico!
¡Verás como descubro este misterio!
La E dice Emeterio
y la F Fernández. ¡Es el chico
de Antón el escribano!
Pero, nó, que la cifra es muy reciente
y Emeterio á principios del verano
se marchó con su tío á Carcagente.
Quizás diga otra cosa. Acaso tenga
alguna explicación que nos convenga
A ver si lo adivino.... ¡Por supuesto!
¿Una E, y una F? ¡Justo! ¡Es esto!
Dicen que Eres Feliz, y sí que lo eres,
y yo también, pues para suerte mía,
sé lo mucho que vales
y conozco lo mucho que me quieres;
y estas dos iniciales
marcan también lo que mi pecho ansía;
dicen: ¡Esposa fiel!....

Y de repente
Elena, avergonzada, delirante,
echóse en brazos de su esposo amante
y comenzó á llorar copiosamente.

—

Desde ese aciago día
un año ha transcurrido y todavía
no se ha explicado el infeliz don Bruno
la causa de aquel llanto inoportuno.

Vital Aza

Chasco.

De Elisa estaba enamorado Arcadio
y de hablarla buscaba siempre el medio;
no cesaba un instante en el asedio
del frente de su casa por el radio.
Mas un hermano de ella, que era Eladio,
siempre andaba poniéndosele en medio,
y tenía que aguantarlo sin remedio,
pues nunca se alejaba ni un estadio
Y aunque esto le causaba gran fastidio,
por ella solo se aguantaba su odio;
y por miedo á su suegro Don Elodio,
El que era mas temible que un presidio:
Ella una noche lo citó al estudio
y se encontró á su suegro Don Zamudio.

SONETO.

Aunque es nuestro magín piedra calcárica
Y poetas no somos de la Ibérica,
Ni del grande saber de los de América
Que manejan tan bien lira pindárica,
Describiremos la verdad tartárica,
Pero....perdón si nuestra Musa histérica
No vá muy bien por la región esférica
Do su forma preséntase estatuárica.
La Musa que tenemos no es empírica
Ni nuestra inspiración es muy fosfórica,
Por el contrario es demasiado lírica,
Y nunca tiene la belleza dórica;
La descripción de la beldad satírica
Termina aquí porque faltó retórica.

Pájaro Verde y Darina.

(*Véase la 2ª plana.*)

Vivía aún la señora Micaela Zagasti, amiga y protectora de los mexicanos expatriados; estaba pobre, sin casa de huéspedes y sin recursos, y por su delicada situación de salud y de intereses, era preciso darle con precauciones la noticia.

—Vengo, señora, á ver si usted vende su crédito contra México.

—¡Nunca! porque tarde ó temprano me han de pagar. No olvido lo generosos, lo honrados que eran los oficiales que hospedé en mi casa. Los quise á todos como hijos, y por ellos juzgo á México. Allí no han de haber entendido bien mi asunto, pero el día en que alguno lo explique, me pagarán en seguida.

—¿Se acuerda usted de sus huéspedes?

—Ya lo creo, pobrecitos; no deseaban más que dos cosas, pagarme é ir á combatir al Imperio. Aquel Montesinos que jóven tan inteligente, qué bien hablaba y cómo se fué con otros á trabajar de albañil al castillo de la Mota; allí en una bóveda, está con piedrecitas blancas, una fecha y unas iniciales, la fecha del día que entraron de peones y las iniciales de los que tuvieron esa idea. ¡Qué buenos eran, señor, qué buenos! Hablaban de las costumbres de México, de las comidas, de las travesuras á caballo y de los azares de la guerra.

No me arrepiento de haberlos tenido en mi casa; en la noche cantaban no sé qué de las torres de Puebla y de los cangrejos; ¡ah! ¡pobrecitos! cuando se fueron los lloré, porque no soy interesable y les había cobrado mucho cariño.

—Señora, dicen que se ha dado orden de pagar esa deuda.

—¿Cuándo?

—La pagarán dentro de cinco meses.

—¿De veras?

—O de cuatro.

—¿Tan pronto?

—O de tres.

—Eso es guasita.

—O en este momento si usted quiere; aquí traigo la suma con los réditos.

No es posible pintar la alegría, la emoción, la sorpresa que produjeron estas palabras que fueron rociadas con lágrimas.

Saldada aquella deuda que revelaba la gran honradez de nuestro gobierno, el comisionado visitó la

—Pero ¿por qué, señora?

—¡Porque el corazón no quiere, porque no puede, porque no debe luchar más! ¡Porque he amado hasta el delirio.... y he sido engañada! ¡En fin, porque aborrezco el amor!

¡Magnífico discurso! Yo no estaba enamorado de aquella mujer. Inspirábame curiosidad y deseo, por lo distinguida y por lo bella; pero de esto á una pasión, había todavía mucha distancia.

Así, pues, al escuchar aquellas dolorosas y terminantes palabras, dejó la contienda mi corazon de hombre y entró en ejercicio mi imaginación de artista. Quiere esto decir, que comenzé á hablar á la desconocida en un lenguaje filosófico y moral del mejor gusto, con el que logré reconquistar su confianza, ó sea que me dijese algunas otras generalidades melancólicas del género de Balzac.

—Sí.

—No, señor.

—¡Oh!

—¡Pchis!

Seguramente mi compañera de viaje tenía poca gana de conversación.

Dediquéme, pues, á coordinar mejores preguntas, y viendo que no se me ocurrían, me puse á reflexionar.

¿Por qué había subido aquella mujer en el primer relevo de tiro, y no desde Granada?

¿Por qué iba sola?

¿Era casada?

¿Era viuda?

¿Era?.....

¿Y su tristeza? *¿quare causa?*

Sin ser indiscreto, no podía hallar la solución de estas cuestiones, y la viajera me gustaba demasiado para que yo corriese el riesgo de parecerle un hombre vulgar, dirigiéndole necias preguntas.

TEATRO JUAREZ.

Compañía dramática

"María Eloísa Osorio."

Esta noche á las 9, el drama en 3 actos:

DE MALA RAZA.

Por final:

Mi misma cara.

casa en que vivieron aquellos oficiales, y después, era natural, el castillo en que algunos trabajaron como albañiles.

En ese castillo, en la galería que vé al norte, en la bóveda de un ángulo, vió escritas con piedrecitas blancas una fecha, 1864 y esta dulce palabra que le llegó al corazón: *¡México!*

Juan de Dios Peza.

LA COMPAÑIA "MARIA ELOISA OSORIO."

Esta acreditada y simpática Compañía, continúa cosechando aplausos y dinero en el Juárez, con general beneplácito de nuestro público, que apreciando en todo su valor los esfuerzos de la Empresa García Soler y Cía. por dejarle satisfecho, ha sacudido el marasmo en que parecía estar sumergido.

Se han llevado á la escena en la semana: "LA DOLORES," conocido y hermoso drama de Feliú y Codina, en el que está á gran altura la simpática MARÍA ELOÍSA, (Dolores) y á cuya labor artística prestan su valioso contingente Marimón, (Lazáro) y García Soler, (Melchor.)

Esta función, que se verificó el Mártes 9 por la noche, fué la segunda popular en obsequio al público.

El Juéves 11, "Los Hijos artificiales," hicieron la delicia de la concurrencia, con su chispeante y bien desarrollada trama y por la verdad con que fueron caracterizados todos sus tipos.

Sabemos que la Empresa García Soler, no omitiendo gasto ni sacrificio, contratará próximamente nuevos actores para reforzar aún más su ya competente cuadro dramático.

¡Cómo deseaba que amaneciera!...

De día se habla con justificada libertad... mientras que la conversación á obscuras tiene algo de tacto, vá derecha al bulto, es un abuso de confianza....

La desconocida no durmió en toda la noche, según deduje de su respiración y de los suspiros que lanzaba de vez en cuando....

Creo inútil decir que tampoco yo pude coger el sueño.

—¿Está usted indispuesta?—le pregunté una de las veces que se quejó.

—No, señor; gracias. Ruego á usted que se duerma descuidado.... —respondió con seria afabilidad.

—¡Dormirme!—exclamé.

Luego añadí:

—Creí que padecía usted....

—¡Oh! no .. no padezco—murmuró blandamente; pero con un acento en que llegué á percibir cierta amargura.

—¿He enojado á usted, señora?

—Sí: el amor me horroriza. ¡Qué triste es inspirar lo que se siente! ¿Qué haría yo para no agradar á nadie?

—¡Algo es menester que usted haga, si no se complace en el daño ageno..... (repuse muy seriamente). La prueba es que aquí me tiene pesaroso de haberla conocido.... ¡Ya que no feliz, por lo menos yo vivía ayer en paz.... y ya soy desgraciado, puesto que la amo á usted sin esperanza!

—Le queda á usted una satisfacción, amigo mío....—replicó ella sonriendo.

—¿Cuál?

—Que si no acojo su amor, no es por ser suyo, sino porque es amor. Puede usted, pues, estar seguro de que ni hoy, ni mañana, ni nunca....obtendrá otro hombre la correspondencia que le niego.—¡Yo no amaré jamás á nadie!

REMITIDO.

Señor Director de "El Ideal."—Suplico á Ud. dé publicidad en su popular y simpático periódico á las siguientes líneas.

Ensalzar al mérito y rendirle homenaje es el primer impulso del ánimo que lo comprende.

Obligada yo por un reconocimiento profundo, me he resuelto á suscribir esta publicación para designar al Médico distinguido, al Doctor experto que ha devuelto la vista á la Señora Maximiana Canseco, mi madre.

Ciega la Señora, el facultativo que en seguida indico, la atendió, extrayendo una catarata con maestría sin igual, con tacto inequívoco, admirable y conquistando la confianza de la enferma con afabilidad exquisita.

Nada absolutamente de preámbulos circunstanciosos, ni preparaciones complicadas.

El Doctor Luis Flores Guerra que es á quien me vengo refiriendo, no tuvo necesidad de un ayudante, se bastó solo: diestro como el que más, operó con pulso firme y seguro, dejando á la paciente en muy poco tiempo sana y con vista para reconocer á su bienhechor.

Por el éxito feliz de su curación y por el exquisito trato del médico, se alzan unidos la admiración y la gratitud para señalar al fino caballero, al Doctor de mayor talla.

Oaxaca. Agosto 8 de 1904.—*Juana Figueroa.*

¡GANGA! ¡GANGA!

Se vende por ínfimo precio, la casa jardín marcada con el número 5 en la 2ª calle de la Avenida Félix Díaz, del pueblo de Xochimilco, Distrito del Centro, ó sea al Norte de la casa conocida con el nombre de Jardín de Figueroa. Tiene dos patios, nueve piezas de reciente construcción, dos pajas de agua corriente y plantas exquisitas. Dan informes en la casa nº 14 de la 3ª calle de la Avenida Hidalgo de esta Capital. 4—4

¡INTERESANTE!

Se necesita una persona con buenas referencias de honradez y aptitud para administrar unas fincas de campo.

Los informes sobre las fincas pueden pedirse al Sr. Lic. Francisco Eustasio Vázquez, cuya casa habitación es la señalada con el número 3 de la 1ª calle de J. P. García. 4—2

III.

CATÁSTROFE.

¡Desventurado! No bien dije una palabra galante á la beldad, conocí que había puesto el dedo sobre una herida....

En el momento perdí todo lo que había ganado en su opinión.

Así me lo dijo una mirada indefinible que cortó la voz en mis labios.

—Gracias, señor, gracias—me dijo luego, al ver que cambiaba de conversación.

El resto de la noche no dió de sí más que breves diálogos como el anterior.

Amaneció al fin....

¡Qué hermosa era!

Pero ¡qué sello de dolor sobre su frente! ¡Qué lúgubre oscuridad en sus bellos ojos! ¡Qué trágica expresión en todo su semblante!—Algo muy triste había en el fondo de su alma.

Y, sin embargo, no era una de aquellas mujeres excepcionales, estravagantes, de corte romántico, que viven fuera del mundo devorando algún pesar ó representando alguna tragedia....

Era una mujer á la moda, una elegante mujer de porte distinguido, cuya menor palabra dejaba traslucir una de esas reinas de la conversación y del buen gusto, que tienen por trono una butaca de su gabinete, una carretela en el Prado, ó un palco en la Opera; pero

Interesante á los suscriptores y al público.

Habiéndose terminado ya de encuadernar la edición especial de la novela "HORTENSIA," desde hoy ha quedado definitivamente á la venta en la Librería de San Germán Hnos. y en esta Imprenta al precio de $0 75 00, ejemplar en papel fino y con cáratula y dedicatoria á tintas de colores, y ejemplar en papel común y corriente á $0 50 cs. uno.

Tip. San-Germán.
Avenida Independencia, núm. 50.——Oaxaca.

Si usted desea comprar camisas bien entabladas ó que se le hagan á la medida, visite la Camisería

LA REFORMA.

Primera de San Francisco número 3,

SURTIDO DE CAMISETAS, CALZONCILLOS, CALCETINES, CUELLOS Y PUÑOS.

Gran Barata de CORBATAS, recién recibidas y á precios sumamente bajos.

——VER PARA CREER.——

que callan fuera de su elemento, ó sea fuera del círculo de sus iguales.

Con la llegada del día se alegró algo la encantadora viajera; y ya consistiese en que mi circunspección de toda la noche y la gravedad de mi fisonomía, le inspirasen buena idea de mi persona, ya en que quisiera recompensar al hombre á quien no había dejado dormir, fué el caso que inició á su vez las cuestiones de ordenanza:

—¿Dónde vá usted?

—¡Vá á hacer buen día!

—¡Qué hermoso paisaje!

A lo que yo contesté más extensamente, que ella me había contestado á mí.

Almorzamos en Colmenar.

Los viajeros del *interior* y de la *retonda*, eran personas poco tratables.

Mi compañera se redujo á hablar conmigo.

Excusado es decir que yo estuve

enteramente consagrado á ella, y que la atendí en la mesa como á una persona real.

De vuelta en el coche, nos tratamos ya con alguna confianza.

En la mesa habíamos hablado de Madrid, y hablar bien de Madrid á una madrileña que se halla lejos de la Corte, es la mejor de las recomendaciones.

¡Porque nada es tan seductor como Madrid perdido!

—¡Ahora ó nunca, Felipe (me dije entonces.)—Quedan ocho leguas.... Abordemos la cuestión amorosa....